



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe  
[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)

Homilía pronunciada por el **Emmo. Sr. Cardenal Carlos Aguiar Retes**, Arzobispo Primado de México, en el **XXVI Domingo del Tiempo Ordinario**.

30 de septiembre de 2018

**“Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta y descendiera sobre todos ellos el Espíritu del Señor” (Nm. 11:29)**

Así afirma Moisés ante la noticia que le hace llegar su secretario, Josué, de que habían comenzado a profetizar dos, que no estaban presentes cuando Él pidió a Dios derramar su Espíritu no sólo sobre él, sino también sobre 70 ancianos, para que le ayudaran a conducir al pueblo de Dios (Nm. 11:16-28).

Es importante recordar que este deseo está cumplido en Jesucristo, y que lo hemos recibido todos el día en que fuimos bautizados. En el Bautismo se nos ha conferido, por gracia de Dios, la asistencia del Espíritu Santo; por eso es que desde el Bautismo participamos del ser profetas, sacerdotes y reyes, lo cual, traducido para nuestros contextos actuales, significa ser pastores, conductores de los demás, ayudantes en el camino. ¡Todos somos profetas!

Pero también es bueno recordar qué significa ser profeta. La mayor parte de nuestra gente piensa que es adivinar el futuro, pero esa no es más que una dimensión, la menos frecuente del profetismo. El profetismo es hacer presente a Dios a través de nuestra persona, de nuestra comunidad, de nuestra familia, de nuestro pueblo. El profeta es aquél que proclama que Dios está en medio de nosotros. Por eso es connatural a nuestra existencia el ser discípulos de Cristo, y eso es lo que debemos realizar nosotros.

Nos daña mucho el creer que somos unos cuantos los que tenemos esta misión de ser profetas. Como lo vemos en el Evangelio –al igual que ocurrió con Moisés en su tiempo–, los discípulos de Jesús le dicen que hay otros que andan por ahí profetizando. Entonces, Jesús les explica claramente que si no hablan en contra suya, que si presentan, como él lo hace, a Dios misericordioso en medio del pueblo, “entonces están con nosotros” (Mc 9,38-40).

A partir de estas dos lecturas podemos ver que la envidia y el exceso de celo por mirar que otros también puedan hacer lo que todos debemos hacer, y que pensemos que sólo nosotros lo podemos hacer, impide que el Espíritu del Señor se haga presente; origina la división, la competencia, la rivalidad, y, por tanto, en lugar de cumplirse la misión de hacer presente a Dios en la vida de hoy, la obstaculizamos. Porque si algo indica que Dios está presente es la

comuni3n, ese sentir com3n, ese anhelo com3n, y esa flexibilidad para aceptar que en el pr3jimo tambi3n act3a la gracia y la acci3n del Esp3ritu Santo.

Ante esta ense1anza, es bueno recordar dos dimensiones muy importantes del profeta; las vemos en la segunda lectura, del ap3stol Santiago: hay que se1alar la injusticia, y a3n denunciarla en algunos casos; esa injusticia que provoca desigualdad; esa injusticia que probablemente el otro, ensoberbecido, no alcanza a ver, no alcanza a descubrir que con sus actos est3 da1ando a su pr3jimo.

Debemos ser proclamadores de la justicia, pero tambi3n se1alar caminos de c3mo ejercitarla entre nosotros, y esta es la segunda dimensi3n. No basta indicar que aquello no est3 bien; se necesita adem3s se1alar el camino, decir por d3nde avanzar, y eso es lo que hace Jes3s en el Evangelio: en primer lugar les asegura que todo aqu3l que les d3 a beber un vaso de agua, por el hecho de que son de Cristo, no se quedar3 sin recompensa (Mc. 9:41). Nos anima a la generosidad y la caridad, a la compresi3n de las necesidades del otro, as3 sea s3lo un poco de sed.

Luego nos pide evitar la ocasi3n de pecar, no ser causantes de esc3ndalo para los peque1os y para el pr3jimo en general; no debemos inducir al mal a nadie, tenemos que ver bien que nuestra conducta se adec3e a los mandamientos de la ley de Dios y a las ense1anzas de Cristo prolongadas en la Iglesia, para mostrar as3 el fruto del profetismo, que es el testimonio de vida de que somos hijos de Dios, miembros solidarios y fraternos de una familia que ama la paz. Aunque en nuestra patria todav3a hay una mayor3a que se identifica como disc3pulos de Jes3s, no muchos ejercemos nuestro profetismo, la evidencia est3 en toda la agresi3n que hay, en la violencia, en tanta falta de respeto a la dignidad humana. Pid3mosle a Mar3a de Guadalupe, que ha venido aqu3 para ser nuestra Madre y, como toda madre, para ense1ar a sus hijos lo b3sico, lo m3s importante de la vida: el amor.

Que el Se1or nos conceda ser profetas a todos los cat3licos, y especialmente a los de nuestra patria. ¡Que as3 sea!

+Carlos Cardenal Aguiar Retes  
Arzobispo Primado de M3xico